

Eleh Ezkerah: la leyenda de los «Diez Mártires» judíos y la represión romana tras la revuelta de Simón bar Kokhba

Carles LILLO BOTELLA*
Doctorando-Universitat de Barcelona

EL JUDAÍSMO: RELIGIÓN DE MARTIRIO

No cabe duda de que el martirio constituye uno de los rasgos definitorios de las religiones monoteístas. En este sentido, el judaísmo, que es el tema que aquí nos ocupa, ha sido descrito frecuentemente como una religión de martirio¹, una idea que hunde sus raíces en la misma Biblia. El propio Moisés ya exhortaba a los israelitas a ser en adelante «un reino de sacerdotes y una nación santa»². Por otra parte, los profetas Ezequiel y Jeremías animaban al pueblo de Israel a aceptar los desastres ocasionados por los gentiles y someterse a los designios de Yahvé.

Tampoco faltan en la Biblia ejemplos de martirio como tales. Durante el exilio en Babilonia destaca sobre todo el relato de los tres jóvenes judíos arrojados a un horno por Nabucodonosor II tras negarse a adorar a los ídolos. No obstante, el episodio más célebre lo constituye el de los siete hermanos Macabeos, ejecutados junto con su madre por su persistencia en observar la Ley de Moisés. Merece la pena reseñar también el sacrificio de Isaac, que no constituye en sí mismo un episodio de martirio, pero sí que representará el modelo a seguir en tanto que sumisión absoluta a la voluntad de Dios. La idea que subyace en todos estos ejemplos es que el amor a Dios, el primero de los mandamientos, debe ser tan fuerte que hay que estar dispuesto incluso a dar la vida por él. En su obra, *Martyrdom and Persecution in the Early Church*, Frend extraía dos conclusiones a propósito del ideal de mártir judío³:

* El autor es miembro del GRAT (*Grup de Recerques en Antiguitat Tardana*), dirigido por el Dr. Josep Vilella Masana y sito en el *Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia* de la *Universitat de Barcelona*. Este estudio ha sido realizado merced a la concesión de una beca FPU por parte del Ministerio de Educación, Ciencia y Universidades y se enmarca en los proyectos de investigación HAR2010-15183/HIST Y 2009SGR-1255, financiados por el MCIN y la AGAUR respectivamente.

¹ H. M. Frend, *Martyrdom and Persecution in the Early Church. A Study of a Conflict from the Maccabees to Donatus*, Blackwell, Oxford, 1965, p. 31.

² Ex 19, 6.

³ W. H. M. Frend, *Martyrdom and Persecution in the Early Church...* p. 45.

- No se permiten desviaciones de la Torá.
- El mártir es visto como el representante del pueblo de Israel y como «ejemplo de nobleza y memorial de virtud, no sólo para los jóvenes, sino también para toda su nación»⁴.

ROMA Y EL JUDAÍSMO

El estricto y excluyente monoteísmo judío chocó con todos los sistemas políticos y religiosos con los que entró en contacto. El caso de Roma es el más significativo, ya que marcó el fin del judaísmo como realidad política. Durante la primera guerra judía, que se saldó con la destrucción del Segundo Templo, tuvo lugar el célebre episodio de Masada, en el cual un grupo de zelotes asediados por los romanos optaron por suicidarse antes que entregarse. Se trata de un sacrificio más en clave nacionalista que religiosa, aunque la religión constituye el fundamento último del nacionalismo judío en su lucha contra la dominación romana.

LA SEGUNDA GUERRA JUDÍA

Entre los años 132 y 135 tiene lugar la segunda guerra de Roma contra los judíos, encabezados en esta ocasión por el zelote Simón bar Kokhba. Las fuentes que poseemos para el conocimiento del conflicto son escasas: unas pocas líneas conservadas de la *Historia Romana* de Dión Casio y el libro IV de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea. La obra de este último se centra fundamentalmente en los avatares sufridos por el joven cristianismo, ya que esta guerra marca el declive de la llamada «Iglesia de la circuncisión», es decir, de la iglesia judeocristiana, la cual tenía en Jerusalén su centro principal. Después de la derrota de bar Kokhba, el judeocristianismo persiste, pero cada vez más debilitado, puesto que en la sede de Jerusalén todos los obispos en adelante serán de origen gentil.

Paralelamente a las fuentes «gentiles», existe también toda una serie de relatos de corte religioso recogidos por los rabinos y conocidos como «ciclo del Talmud». Si bien la historicidad de estas narraciones debe ser cuestionada, puesto que se trata de escritos de carácter religioso o moralizante al estilo de las hagiografías cristianas, de lo que no cabe duda es que constituyen un valioso testimonio de la profunda huella que la represión romana dejó en el seno del judaísmo.

Asimismo, cabe mencionar una serie de documentos de excepcional valor sobre esta segunda guerra entre Roma y los judíos: los escritos del propio Simón bar Kokhba⁵.

⁴ *II Mac* 6, 31

⁵ Y. Yadin, *Finds from the Bar Kokhba Period in the Cave of the Letters*, The Israel Exploration Society, Jerusalem, 1963.



Constan de dos cartas y de una proclama, muy probablemente escritas de su puño y letra, halladas en 1952 en una cueva a 52 km de Jerusalén⁶.

La rebelión judía tuvo lugar en medio de la famosa gira del emperador Adriano por Oriente. Según cuenta Dión Casio, mientras el emperador se halló cerca de Judea, concretamente en Egipto y Siria, los judíos permanecieron tranquilos. Sin embargo, una vez que el César se alejó, se alzaron en armas y en poco tiempo se hicieron con el control de casi toda Judea. El gobernador romano, Quinto Tineo Rufo, superado en número por los rebeldes, se vio obligado a retirarse, dejando prácticamente todo el país en manos de los rebeldes. Una de las claves de este éxito inicial de los judíos consistió en evitar el enfrentamiento en campo abierto, ya que poco podían hacer ante las fuerzas romanas. Se trataba, por tanto, de una clásica guerra de guerrillas que favorecía a los rebeldes, dado su mejor conocimiento del territorio. La toma de Jerusalén, si bien desde el punto de vista práctico carecía de importancia, ya que la ciudad estaba en ruinas, presentaba una gran carga simbólica que animó a los sublevados en su lucha contra la ocupación romana. Tal es así que otros pueblos de los alrededores también intentaron librarse del yugo romano, si creemos a Dión Cassio⁷.

Fig. 1: Moneda acuñada por los seguidores de Simón bar Kokhba. En el anverso aparece la representación del Templo con una estrella (bar Kokhba significaría «hijo de la Estrella»). En el reverso aparece una hoja de palma y la leyenda «Año uno de la redención de Israel».

⁶ W. Keller, *Historia del pueblo judío: desde la destrucción del templo al nuevo Estado de Israel*, Omega, Barcelona, 1969, p. 85.

⁷ Dio Cassius, *Historia Romana*, Ep. 69, 13, 2.



Fig. 2: Moneda del emperador Adriano que conmemora la fundación de la colonia de Aelia Capitolina.

Este éxito permitió a los judíos de Palestina soñar incluso con la restauración del Templo, tal como queda atestiguado en las monedas acuñadas por los seguidores de Simón bar Kokhba⁸ [Fig. 1], en las que aparece la representación del Templo. Otras contienen en el reverso la leyenda «Liberación de Jerusalén». Sin embargo, una vez superado el factor sorpresa inicial, Roma pudo aprestarse a sofocar la rebelión. Adriano hizo llamar a su mejor general en aquel momento, Julio Severo, con sus tropas de Britania. Mediante una astuta estrategia de pequeños ataques en puntos neurálgicos, y cortando las rutas de suministros a los rebeldes, Severo consiguió arrebatarles terreno poco a poco. Tras la caída de Jerusalén, los últimos rebeldes se refugiaron en la fortaleza de Betar, unos diez kilómetros al sudoeste de la ciudad santa. La caída de este último bastión, según la tradición el mismo día que había sido destruido el Templo, puso punto final a la rebelión. Si bien las pérdidas judías fueron notables, como constataremos más adelante, las romanas no anduvieron lejos, hasta el punto de que Adriano, en su carta al Senado, no incluyó la tradicional frase «Yo y las legiones estamos bien»⁹.

La rebelión fue acompañada, antes y después de su estallido, de una consciente política de erradicación de la huella judía en Palestina. El episodio más significativo viene representado por la

⁸ L. Mildenberg, «Bar Kokhba Coins and Documents», *Harvard Studies in Classical Philology*, 84, 1980, pp. 311-335.

⁹ Dio Cassius, *Historia Romana*, Ep. 69, 14, 3.

fundación, por parte del emperador Adriano, de una ciudad de estilo pagano sobre las ruinas de Jerusalén a la cual se dio el nombre del mismo César: Aelia Capitolina¹⁰, hecho que se conmemora en las monedas acuñadas durante el período [Fig. 2]. Asimismo, se edificó un templo consagrado a Júpiter Capitolino en el mismo lugar que antes había ocupado el templo judío. Todo ello constituía un sacrilegio y una provocación para los judíos, ya bastante agraviados por la prohibición de la práctica de la circuncisión, equiparada por ley a la castración. Parece ser que en el inicio de su reinado, Adriano se habría mostrado bastante proclive a los judíos, pero su opinión respecto a ellos cambió de manera radical, según algunos autores por influencia del círculo de Tácito¹¹. Este programa de erradicación del judaísmo palestino será continuado, si bien con un carácter distinto, por los emperadores cristianos y su política de cristianización de Tierra Santa.

Los rabinos, y en general todo el judaísmo, mantenían viva la esperanza en una futura restauración del Templo, o al menos es lo que deseaban, tal como apunta M. Goodman en su libro *Rome and Jerusalem*¹². Rabí Ismael, uno de los diez mártires de los que hablaremos más adelante, afirmaba que cuando el Templo fuese reconstruido realizaría en él un sacrificio expiatorio¹³. El pueblo judío vivía durante estos años en un profundo estado de angustia, motivado por la imposibilidad de realizar los pertinentes sacrificios expiatorios en el Templo de Jerusalén.

Un *locus classicus* que ilustra hasta qué punto quedó borrada la huella judía en Palestina lo recoge Eusebio de Cesarea en *Los Mártires de Palestina*¹⁴. Según Eusebio, unos cristianos fueron llevados a la presencia del gobernador romano de la provincia, de nombre Firmiliano, con el fin de ser juzgados. El gobernador les preguntó de dónde venían, a lo que ellos respondieron que de Jerusalén (en realidad, se estaban refiriendo a la Jerusalén celeste, puesto que en verdad eran egipcios). Firmiliano pensó que aludían a alguna ciudad de Persia, dado que nunca había oído ese nombre. Cabe deducir que el nombre de Aelia Capitolina sí que resultaría familiar al citado gobernador. Asimismo, la progresiva sustitución del mismo nombre de Judea por el de Palestina, derivado de los filisteos, los grandes enemigos de los israelitas en los tiempos bíblicos, constituye una etapa más en este proceso de «desjudaización».

Todo ello se traduce, como no podía ser de otra forma, en un acusado descenso de la población judía asentada en Palestina, tanto en número como en porcentaje. Según relata Dión Casio, tras la derrota del año 135 «muy pocos de ellos sobrevivieron. Cincuenta de sus más importantes avanzadillas y 985 de sus ciudades fueron arrasadas hasta los cimientos. 580.000 de sus hombres murieron [...] y el número de los que perecieron por hambre, enfermedad y fuego fue incalculable»¹⁵. Dión Casio completa la escena de

¹⁰ Dio Cassius, *Historia Romana*, Ep. 69, 12, 1.

¹¹ P. Johnson, *La historia de los judíos*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1991, p. 146.

¹² M. Goodman, *Rome et Jérusalem: le choc de deux civilisations*, Perrin, Paris, 2009, p. 585.

¹³ *Tos. Sab.* 1, 13; *Sab.* 12b.

¹⁴ Eus. Caes., *De martyr. Palaestinae* XI, 9-10 (GCS 9, pp. 937-938).

¹⁵ Dio Cassius, *Historia Romana*, Ep. 69, 14, 1.

desolación añadiendo que «muchos lobos y hienas corrían aullando por las ciudades»¹⁶.

Se calcula que antes de la revuelta de bar Kokhba la población de Palestina ascendía a 1.300.000 habitantes aproximadamente. Tras la derrota del año 135 dicha población se había reducido a unas 750.000 almas, y a comienzos del siglo VII únicamente quedaban en la región unos 150-200.000 habitantes, de los que solamente unos 20.000, es decir, el 10-15% del total, serían judíos¹⁷. Ciertamente estos datos deben ser tomados con cautela, pero muestran una tendencia clara a la despoblación, corroborada por el acusado descenso de asentamientos en la región. Los propios contemporáneos se hicieron eco de esta decadencia del judaísmo palestino, como lo demuestra el testimonio de Jerónimo¹⁸:

En el día del aniversario de la toma y destrucción de Jerusalén se puede ver llegar a un pueblo triste, de decrepitas mujerzuelas y a los ancianos cargados de harapos y de años, en cuyos cuerpos y ropajes muestran la ira del señor. Se reúne entonces una multitud de desgraciados [...] con el fin de llorar todos juntos las ruinas de su Templo y suplicar así el final de su miseria¹⁹.

Un tema siempre presente en la reflexión judía era si en peligro de muerte un judío podía transgredir los mandamientos de la Torá con el fin de salvar su vida. Sobre esta cuestión los rabinos debaten ampliamente en las fuentes talmúdicas, mostrándose divididos respecto a la misma. Fue precisamente durante la época de la rebelión de bar Kokhba cuando se llegó a una suerte de consenso en torno a este espinoso asunto. En un sínodo celebrado en la ciudad de Lydda (la Ludd bíblica, Diospolis para los romanos) se aceptó por voto mayoritario que, si con ello salvaba su vida, un judío podía transgredir todas las prohibiciones de la Torá salvo tres: la idolatría, el asesinato y el adulterio. Es decir, si la víctima era obligada a ingerir algún alimento impuro o a violar el descanso sabático, podía hacerlo con el fin de salvar su vida²⁰. A tal efecto, los sabios recuerdan que la Torá dice que el hombre «debe vivir por la Ley», pero no que deba morir por ella²¹.

¹⁶ Dio Cassius, *Historia Romana*, Ep. 69, 14, 2.

¹⁷ M. Avi-Yonah, *The Jews under Roman and Byzantine Rule: a Political history of Palestine from the Bar Kokhba War to the Arab Conquest* Schocken Books/Magnes Press Hebrew University, New York/Jerusalem, 1976, p. 19.

¹⁸ R. González Salinero, *Biblia y polémica antijudía en Jerónimo*, CSIC, Madrid, 2003, pp. 145-147.

¹⁹ Hieron., *Comm. In Sophoniam*, I, 15-16 (CCL 76A, pp. 673-674): [...] *Videas in die quo capta est a Romanis et diruta Hierusalem, uenire populum lugubrem, confluere decrepitas mulierculas, et senes pannis annisque obsitos in corporibus et in habitu suo iram Domini demostrantes. Congregatur turba miserorum [...] plangere ruinas templi sui populum miserum, et tamen non esse miserabilem [...]*.

²⁰ Incluso en lo referente a la idolatría existían discrepancias. Rabí Ismael, por ejemplo, la admitía para salvar la vida siempre y cuando no se realizase en público, es decir, en presencia de diez israelitas (*TB San. 74a; Av. Zar. 24b*).

²¹ *Lev. 18, 5; Yoma 85b*.

LA LEYENDA DE LOS DIEZ MÁRTIRES²²

La represión romana incidió de manera muy significativa sobre un grupo determinado, el de los rabinos, los cuales se habían convertido en la nueva capa dirigente del judaísmo tras la derrota del año 70 ante Roma. En época del Segundo Templo, el judaísmo presentaba una estructura piramidal en cuya cúspide estaban el propio Templo y el clero jerosolimitano. Tras la destrucción del Templo y la consiguiente extinción de la casta sacerdotal, el judaísmo fue adoptando progresivamente una estructura en forma de red, en la cual el nexo de unión principal viene representado por el estudio de la Torá y la propia institución del rabinato, encargada del estudio e interpretación de la Ley.

El relato judío más célebre sobre esta cuestión lo constituye un *midrash*²³ titulado *Eleh Ezkerah* («Éstos serán recordados»). La narración comienza diciendo que, cuando Dios creó los árboles, éstos se enorgullecieron de su estatura y empezaron a crecer cada vez más alto. Sin embargo, llegó el día en que Dios creó el hierro, y entonces los árboles se humillaron y exclamaron: «¡Ay de nosotros, pues Dios acaba de crear el instrumento con el que seremos cortados!»

Según el relato, el emperador romano, cuyo nombre no se indica, estaba un día leyendo la Torá cuando de pronto fijó su atención en un versículo del libro del Éxodo, que reza que «aquél que rapte a un hombre y lo venda deberá morir sin remedio»²⁴. El César ordena entonces que sean conducidos a su presencia diez sabios de Israel a fin de interrogarles sobre esta cuestión. El emperador formula a los sabios la siguiente pregunta: «Si alguien secuestra a un hombre —de entre sus propios hermanos de los Hijos de Israel— y lo vende [...], ¿qué dice la Ley en tal caso?»; a lo que ellos responden que «debe morir sin remedio».

El emperador les replica entonces que «si esto es así, vosotros debéis ser sentenciados a muerte». Los rabinos preguntan la razón de tal afirmación, y el soberano les contesta que ello es debido a «la venta de José, que fue vendido por sus hermanos [...]. Si ellos estuviesen vivos les habría aplicado la sentencia a ellos, pero como no lo están, vosotros debéis soportar los castigos de vuestros padres».

Abrumados ante estas palabras, los sabios solicitan al emperador que les conceda al menos tres días para poder pensarlo. Los rabinos acuden entonces a pedir consejo a rabí Ismael, el sumo sacerdote. El relato cuenta que Ismael asciende a los cielos invocando el nombre de Dios. Allí le recibe el arcángel Gabriel, quien le confirma que, en efecto,

²² *Midrash Eleh Ezkerah* editado por A. Jellinek, *Bet ha-Midrash*, Wahrmann Books, Jerusalem, 1967, pp. 64-72 (hebreo, con introducción en alemán); existe asimismo una traducción al inglés por H. Gollancz, *The Targum to «The Song of songs»*. *The Book of the Apple. The Ten Jewish Martyrs. A Dialogue on Games of Chance*, Luzac & Co, London, 1908, pp. 118-144.

²³ El *midrash* constituye el método de exégesis bíblica por excelencia en el judaísmo rabínico. Procede de la raíz hebrea *drsh* (investigar, buscar) y consiste en analizar el sentido más profundo de la Escritura, obviando el sentido literal de la misma a fin de obtener una interpretación nueva (véase artículo al respecto de I. Bettan en *The Universal Jewish Encyclopedia in Ten Volumes: an Authoritative and Popular Presentation of Jews and Judaism since the Earliest Times*, vol. 7, Ktav Publishing House, Inc., New York, 1969, p. 538).

²⁴ Ex. 21, 16.

la venta de José todavía no había sido expiada, y añade: «Oh, Ismael, hijo mío, desde el día en que las tribus vendieron a José, el Todopoderoso no ha encontrado hasta el día de hoy a diez hombres justos dentro de la misma generación iguales a los de las diez tribus, y por ello Dios exige una reparación por vuestra parte».

De vuelta a la Tierra, Ismael transmite a sus compañeros lo que le ha sido revelado en el cielo, y éstos lo aceptan sin rechistar. Los rabinos destinados a expiar el pecado de José se agrupan entonces por parejas, y sus nombres son los siguientes: el sumo sacerdote Ismael, el patriarca Simeón ben Gamaliel, Akiba ben José, Hanina ben Teradyón, Eleazar ben Shammua, Jeshebab el Escriba, Hanina ben Hakhinai, Yehudá ben Baba, Huspith el Expositor y Yehudá ben Dama²⁵.

Llegado el momento de las ejecuciones, el emperador pregunta quién desea ser el primero. Tal honor se lo disputan Ismael y Simeón ben Gamaliel. El primero afirma que debe corresponder a él morir antes, ya que es el sumo sacerdote, hijo del sumo sacerdote, de la semilla de Aarón. Gamaliel, por su parte, recuerda que él es un príncipe (patriarca), hijo de un príncipe, de la semilla de David. Tras echarlo a suertes, la fortuna recae sobre el segundo, que es decapitado por orden del César. Tras la decapitación de Simeón ben Gamaliel, Ismael se lamenta diciendo: «Me entristece pensar que mi compañero estaba por encima de mí en el conocimiento de la Torá y en ciencia; y me entristezco también porque él me ha precedido en llegar al trono del Altísimo». Este fragmento constituye un guiño en toda regla a la autoridad de los rabinos, ya que pone a los mismos por encima nada menos que de la figura de los sacerdotes, los cuales habían caído en desgracia tras la desaparición del Templo de Jerusalén.

En ese momento una hija del emperador queda asombrada al contemplar a través de una ventana el rostro de Ismael, el cual según se afirma era de una belleza equiparable a la del mismo Gabriel. De hecho, en el relato se afirma que el arcángel había intercedido para que se pudiese producir el nacimiento de Ismael. Así las cosas, la hija del César ruega a su padre que perdone la vida a Ismael, a lo que el soberano se niega, ya que ha hecho un juramento. Su hija replica entonces que, en tal caso, dé orden de arrancar la piel de la cara a Ismael y se la entregue, ya que así podrá contemplar siempre su belleza. El soberano accede a su petición y ordena que sea arrancada la piel de la cara del sabio. Rabí Ismael, sin embargo, no grita mientras es despellejado, únicamente cuando le son arrancados los *tefilim*, esto es, las filacterias de la frente. A continuación lanza otro grito con tal fuerza que, según el *midrash*, el mismo trono de la gloria de Dios tembló e incluso los ángeles se estremecieron y protestaron ante el mismo Dios, clamando: «Oh, Señor del Universo, ¿es éste el resultado del estudio de la Ley? ¿Es ésta tu recompensa?» A lo que Dios responde: «Dejadme, y haced que su acción perviva en un buen lugar para las futuras generaciones». En ese momento, una *Bat Kol*²⁶, es decir, la voz del cielo,

²⁵ Estos nombres aparecen reproducidos, aunque con algunas variaciones, en *Midrash Lam. 2, 2* y *Midrash Salmos* [citado en S. Zeitlin, «The Legend of the Ten Martyrs and Its Apocalyptic Origins», *The Jewish Quarterly Review*, New Series, 36 (1), 1945, p. 1].

²⁶ *Bat Kol*, literalmente «Hija de la Voz», es la voz del cielo que proclama la voluntad de Dios (véase el artículo al respecto en *The Universal Jewish Encyclopedia in Ten Volumes...*, vol. 2, p. 107).

proclamó: «Si oigo alguna palabra o queja más con respecto a esto, reduciré el mundo entero a su antiguo estado de confusión y desolación». Por su parte, el monarca pregunta a Ismael si todavía mantiene su fe en Dios, y el rabino responde que «aunque me condenen a muerte, todavía tendré esperanza», muriendo al instante.

El siguiente condenado es rabí Akiba ben José, una figura de enorme trascendencia, ya que según la tradición fue el principal valedor de Simón bar Kokhba durante la rebelión contra la dominación romana, reconociéndolo incluso como el Mesías prometido. Es por ello que son famosas las palabras que le dirigió rabí Johanan ben Torta: «Akiba, la hierba habrá crecido dentro de tus mejillas y el hijo de David aún no habrá llegado»²⁷.

Volviendo al relato que nos ocupa, en el momento en que Akiba es conducido al caldoso, llega la noticia de que el rey de Arabia está marchando sobre el reino, por lo que el emperador se ve obligado a posponer la ejecución. Ya de vuelta, el César ordena que le sea arrancada la piel a Akiba con unos peines de hierro. En su agonía, Akiba alcanza a decir: «El Eterno es justo. Él es la roca. Su trabajo es perfecto, pues todos sus caminos son juiciosos, un dios de felicidad y no de iniquidad, bueno y justo es Él». En ese momento, la voz de Dios proclamó: «Dichoso tú, Akiba, que siempre has sido justo e íntegro, pues incluso tu último aliento han sido las palabras «bueno y justo»». A continuación, se cuenta que el profeta Elías en persona vino a recoger el cuerpo sin vida de Akiba. Un rabino le preguntó: «¿Acaso no eres tú sacerdote?», pues los sacerdotes tenían prohibido el contacto con los cadáveres. Elías responde que en este caso no se contaminará ya que se trata del cuerpo de un hombre piadoso, y dicho esto entierra a Akiba en una cueva, mientras los ángeles lo lloran y lo guardan durante tres días y tres noches. Al día siguiente, el propio Elías lo recoge y lo conduce al Trono del Altísimo, donde se reúnen todas las almas de los píos y los justos. A continuación llegó el turno de Haninah ben Teradyón, al cual según parece el propio emperador había prohibido el estudio de la Torá. Sin embargo, el rabino comenzó a predicar la Ley de Moisés por las calles de la misma Roma, ante lo cual el soberano ordenó que fuese envuelto en los rollos de la Torá y quemado vivo. Asimismo, a fin de prolongar su agonía, cubrieron al rabino con paños de lana húmedos para así ralentizar la combustión. Ante tal escena, uno de los verdugos pregunta al rabino: «Maestro, si te quito del corazón los trapos para que mueras más rápido, ¿me llevarás a la vida del mundo venidero?» Como el rabino le contesta que sí, el verdugo le retira los paños, ardiendo al instante. A continuación el propio verdugo se lanza a las llamas y muere también, mientras la voz del cielo confirma que ambos tendrán vida eterna en el mundo venidero.

El siguiente en morir fue rabí Yehudá ben Baba, quien contaba ya con unos setenta años. Ben Baba sólo pidió que le diesen un momento para poder rezar por última vez el *Shemá*. Los verdugos le preguntan entonces si después de todo lo que está pasando conserva aún su fe en Dios, a lo que él responde: «El Rey (celestial) los ha entregado a las manos del rey terrenal para que nuestra sangre sea derramada». Estas palabras enfurecen aun más al César, quien ordena que su cuerpo sea troceado y echado a los perros para evitar que reciba un entierro o alguna oración fúnebre.

²⁷ TJ Taanit 4, 5 68d (citado en P. Johnson, *La historia de los judíos...*, p. 147).

Posteriormente, fue el turno de Yehudá ben Dama, a quien el emperador reprocha que «no hay nadie tan loco como tú, que crees en el otro mundo», a lo que el rabino replica que «no hay nadie tan loco como tú, que niegas al Dios vivo». El soberano, furioso, ordena atar al rabino por los cabellos a un caballo y que sea arrastrado por las calles de Roma. Después el sabio es desmembrado y nuevamente aparece el profeta Elías para recoger los trozos del cuerpo de ben Dama y así poder darles sepultura. Según el relato, los romanos oyeron durante treinta días una voz lamentándose que provenía de la cueva en la que había sido enterrado ben Dama, pero la ira del emperador no se aplacó y la masacre de los sabios continuó.

Llegados a este punto aparece en la narración un senador romano, quien, ante la visión de semejante carnicería, pidió al emperador que la detuviese, recordándole las palabras del libro del *Deuteronomio*: «(Dios) da su merecido en su propia persona a quien le odia, destruyéndole»²⁸. Al oír esto, el emperador ordena que el senador sea estrangulado, pero éste consigue arrojar al fuego antes de ser apresado.

Llegó entonces el turno de rabí Huspith el Expositor, de 130 años. Antes de ser ajusticiado, Huspith pide al César únicamente dos cosas: poder recitar una vez más el *Shemá* y un día más de vida, ya que al día siguiente celebraba su 130 aniversario. Tras una breve discusión, el anciano advierte al emperador: «¡Ay de ti, emperador! ¿Qué harás cuando en el último día Dios visite Roma y a tus dioses (para el castigo)?» A continuación el rabino es lapidado y ahorcado por orden del monarca. Su ejemplo fue tal que los propios príncipes y consejeros del emperador solicitaron que se les permitiera poder enterrarlo, a lo que el César accedió.

El siguiente en sufrir el martirio fue rabí Haninah ben Hakhinai, quien a sus 98 años jamás había comido ni bebido, por lo que rechazaba continuamente el ofrecimiento de sus discípulos de compartir con ellos un último banquete. Fue ejecutado mientras pronunciaba la Santificación del Shabat (*Kiddush*).

A continuación llegó rabí Yeshebab el Escriba, de noventa años, a quien sus discípulos preguntaron: «Maestro, ¿qué será de la Torá?» Él respondió: «Hijos míos, la Torá será olvidada por Israel, debido a que la nación malvada se ha apropiado mediante astutas argucias de la impertinente tarea de destruir nuestra perla (es decir, nuestra existencia) a través de nosotros». Tras pronunciar estas palabras, Yeshebab es despedazado por orden del emperador.

El último en ser ejecutado fue rabí Eleazar ben Shammua, de 105 años, célebre por su bondad y modestia. El día de su ejecución era precisamente el día de la Expiación, y antes de ser conducido al cadalso dijo a sus discípulos que el más grande de todos los que allí habían sido ejecutados había sido rabí Akiba, ya que había dedicado todo su ser al estudio de la Torá, y que por lo tanto esperaba encontrarse con él en la otra vida para poder seguir debatiendo sobre las más diversas cuestiones. Tras la ejecución de ben Shammua, de nuevo la voz del cielo sonó para alabarlo por su pureza. En este punto concluye la narración.

²⁸ Dt 7,10.

INTERPRETACIÓN

Un asunto que merece ser tratado es la identificación del emperador que aparece mencionado en el relato y cuyo nombre nunca se dice, solamente se le adjudica el tradicional título de «césar» (קיסר). Por la época y por el contexto, se podría deducir que se trata del emperador Adriano, cuyas relaciones con el judaísmo experimentaron un cambio notable, como ya se ha apuntado más arriba. En realidad, la figura del emperador, tal como aparece en el relato que nos ocupa, constituye un mero recurso literario. Se trata de la personificación del tirano, inspirada en el faraón del libro del Éxodo, a quien Dios «endurece el corazón» para poner a prueba la fe y el amor de su pueblo.

Por lo que respecta a las formas de ejecución que aparecen reflejadas en la historia, lo primero que conviene resaltar es que la mayoría son específicamente judías. Resulta inverosímil que un emperador ordenase estrangular a un senador, como ocurre en el relato²⁹. En realidad, se trata de penas puramente judías, ya que la narración va dirigida a un público exclusivamente judío.

La idea de que la venta de José todavía no había sido expiada se halla recogida ya en el *Libro de los Jubileos*, uno de los más importantes de la literatura pseudoepigráfica o apócrifa. Existe consenso en fijar su redacción en torno al año 130 a. C., durante el período macabeo y, por tanto, en plena gestación de la literatura apocalíptica. Tras narrar la venta de José por sus hermanos se afirma lo siguiente:

Por eso se estableció a los hijos de Israel que guardasen luto el diez del séptimo mes (*Tishri*), día en que llegó la luctuosa nueva de José a Jacob, su padre, y que en él expíen por su pecado con un cabrito, el diez del mes séptimo, una vez al año, pues apenaron las entrañas de su padre a causa de su hijo José. Se estableció este día para que en él se entristezcan por su pecado, por todas sus culpas y errores, para que se purifiquen en este día, una vez al año³⁰.

En el Talmud nunca se menciona a los Diez Mártires como tales. Por el contrario, sí que se describen con detalle los martirios sufridos por algunos de ellos, como es el caso de Akiba³¹, Yehudá ben Baba³² o Haninah ben Teradyón³³. En el Talmud de Jerusalén se afirma que la lengua de Huspith fue hallada flotando entre excrementos³⁴, mientras que la de Yehudá ben Hanahum, otro de los supuestos diez mártires, fue llevada por un perro en su boca. En ningún momento se dice, sin embargo, que fueran muertos por

²⁹ Las penas previstas a los senadores eran el destierro, la decapitación y la confiscación de bienes. Sobre este tema véase C. Buenacasa Pérez, *El patrimonio eclesiástico de la Iglesia africana romana: estrategias de adquisición, acrecentamiento y consolidación (siglos I-V)*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2001, pp. 310-311.

³⁰ *Jub.* 34, 18.

³¹ *Ber.* 61b.

³² *Sanh.* 14a.

³³ *Av. Zar.* 18a; *Semahot* 8.

³⁴ *TJ Hag.* 2, 1; *Mishnah Sotah* 9, 16 (citado en S. Zeitlin, «The Legend of the Ten Martyrs...», p. 2).

orden de los romanos, pero por el contexto cabe deducir que así fue, tal como sugería Solomon Zeitlin³⁵.

Cabe señalar que la masacre de los rabinos tras la derrota aceleró el proceso de transformación interna que el judaísmo venía experimentando desde la destrucción del Segundo Templo. Dos de los pilares sobre los que reposaba el judaísmo farisaico, que fue el que se acabó imponiendo, eran la ley escrita (la Torá) y la ley oral (la Mishnah). La ley oral venía a ser una especie de manual de aplicación práctica de la Torá que, precisamente por su carácter oral, no podía ser puesta por escrito, por lo que era transmitida y aprendida de manera memorística de generación en generación. La desaparición física de muchos de los rabinos que conocían esta ley oral, quizá de la mayoría de ellos, obligó a transgredir la prohibición de ponerla por escrito. Esto ocurrió con la llamada generación de los tanaítas, durante el patriarcado de Judah ha Nasí (el Príncipe).

El objetivo último de esta clase de relatos es el reforzamiento del papel de los rabinos como elite dirigente del judaísmo. Es en este período cuando se ponen las bases de la llamada catadocracia medieval. La larga Edad Media del judaísmo se prolonga así hasta el siglo XVIII, con la *Haskalah* o Ilustración judía, con Moisés Mendelsohn. A partir de entonces, un judaísmo cada vez más secularizado empezará a dejar en un segundo plano todo el vasto *corpus* de la literatura talmúdica. A pesar de ello, el ejemplo de los Diez Mártires pervivió en la memoria del pueblo judío como ejemplo de aceptación del destino³⁶, por terrible que éste fuese.

³⁵ S. Zeitlin, «The Legend of the Ten Martyrs...», pp. 2-3.

³⁶ L. Finkelstein, «The Ten Martyrs», *Essays and Studies in Memory of Linda R. Miller*, 1938, pp. 29-31.